

CAPÍTULOS GRATUITOS

Max & Suhail

Tatiana M. Alonzo

*Para Suhail.
Vuelvo a esa tarde en la que te pedí prestado tu nombre
y sigo sin poder creer que llegáramos tan lejos.*

Prefacio

—Levanta un poco el vestido cada dos pasos —me aconseja papá.

Estamos por subir los últimos peldaños frente a la puerta de la iglesia. Hoy me voy a casar.

¿Me voy a casar? Max está en el aeropuerto. Si decido entrar y darle el sí a Finley, todo habrá terminado.

—¡No olvides tu ramo, Suhail! —me recuerda mamá, corriendo hacia mí para entregármelo.

Pero yo solo puedo pensar en si debo quedarme y casarme o si debo ir a buscar a Max.

1. Max

Lo primero que sentí cuando vi por primera vez a Suhail fue decepción. Durante meses imaginé que quien se mudaría a la casa de al lado sería un niño. Por eso, cuando vi a una niña, me negué a ser su amigo. Entiéndanme, en ese entonces yo no quería saber de niñas. Apenas tenía siete años.

—¡Max, ven a conocer a Suhail! —me llamó mi mamá. Ella fue la primera en salir a saludar a los nuevos vecinos—. ¡Max! —insistió dos veces más, por lo que me vi obligado a acercarme.

La familia de Suhail era una familia de tres personas, al igual que la nuestra; eso emocionó a mamá, que, en cuanto pudo, empezó a destacar todas las similitudes entre ellos y nosotros.

—Mi hijo tiene siete años. ¿Qué edad tiene esta belleza? —preguntó, mirando a la horrible niña.

—Suhail también tiene siete —dijo con orgullo su mamá. Mientras, la niña sonreía tontamente.

—Suhail, ¡qué lindo nombre! —cuchicheó mi madre mirándola como si esta fuese adorable. Pero no, era horrible. Aunque todo empeoró cuando me obligó a acercarme a ella, a Suhail.

—Suhail, él es Max —intentó presentarnos. Yo mantuve los brazos cruzados—. También tiene siete y estoy segura de que quiere ser tu amigo.

Suhail, a quien a partir de ese momento empecé a llamar «el enemigo», tenía cabello pelirrojo y una cara redonda llena de pecas, me miró como si le cayera bien; pero yo sabía que era niña, y las niñas solo dan problemas.

—Anda, Max, dale la mano a Suhail —me animó mi mamá, pero yo me negué. Eso pareció sorprender al enemigo.

2. Suhail

Los niños son escandalosos y sucios. Eso es lo que decía mamá cuando le rogaba permitirme jugar con los niños de nuestro antiguo vecindario. Y admito que no la creí del todo hasta que conocí a Max. Nunca antes había visto unos pantalones llenos de barro y unos modales tan bárbaros.

—Dale la mano a Suhail, Max —insistió la mamá del salvaje.

—¡No! —dijo él rabioso y mirándome como un perro con muchas pulgas.

Yo lo miré de pies a cabeza y le sonreí para dejarle en claro que su actitud no iba a afectarme.

—Lo siento —nos dijo la mamá de Max, todavía sujetando del brazo al tonto ese—. Desde que supo que tendrá una hermanita tiene cierto resentimiento hacia las niñas.

¿Hermanita? Eso me emocionó. Mamá me había autorizado a celebrar una fiesta de té en nuestro patio trasero y quería invitar a todas las niñas del vecindario. Algunas ya se acercaban a saludar.

—No te preocupes, Miranda —dijo papá a la mamá del salvaje—. Es solo un niño.

«Solo un niño» que hasta la fecha pronuncia mi nombre como «Susheil» con la intención de molestarme y no «Suail», como debe ser.

—Las niñas son mejores que los niños —dije, para reforzar el comentario de papá, y porque era algo que mamá decía todo el tiempo.

Escuchar eso enojó más al pequeño trastornado:

—¡Las niñas son feas, en especial tú! —me ladró.

—¡Yo no soy fea! —me defendí, mirándolo por encima del hombro—. Mamá dice que soy una princesa.

Él ahogó una risa.

—Las princesas no tienen la cara llena de pecas —bufó.

No lo podía creer. Pensé que mis pecas eran bonitas. Papá siempre me decía que eran besitos de mariposas.

Las demás personas que se habían acercado a saludar, entre ellas niñas del vecindario que también escucharon a Max decirme eso. Entonces empecé a llorar.

3. Max

El enemigo salió corriendo hacia su casa y no lo vi el resto de la tarde. Mamá se disculpó mil veces con los padres y me entró de la oreja a nuestra casa.

—¡No puedo creer que me avergonzaras de esa manera! —me regañó.

Sabía que estaba en muchos problemas.

—¡Ella dijo que las niñas son mejores que los niños! —zapateé.

—¿Y qué acabas de demostrar insultándola?

Refunfuñé más:

—La odio. ¡Quiero que se marche!

En ese momento papá bajó las escaleras.

—¿Qué pasó? —preguntó a mamá, dándose cuenta de que algo iba mal.

—Max hizo llorar a la hija de los nuevos vecinos.

—¿Por qué lo hiciste, enano? —Él suspiró y me miró como si le rogara a Dios que no fuese caso perdido—. Ven, vamos a tu habitación. Tenemos que hablar.

«Tenemos que hablar».

En mi habitación le platicué a papá lo que pasó y él, poniendo toda su paciencia en ello, me aconsejó:

—Los dos sabemos que tu molestia no es hacia Suhail, sino hacia tu nueva hermanita.

—Odio a las niñas —remarqué, cruzado de brazos.

—¿Por qué?

—Porque... —Me animé a pensar en una buena respuesta—. ¿Viste a Suhail? ¡Las niñas lloran por todo!

—A mi me enseñaron que las niñas son más sensibles que los niños, Max. —Papá colocó una mano sobre mi hombro, pero yo seguía molesto por todo y todos—. Te daré un ejemplo: ¿Recuerdas qué pasó la última vez que acompañamos a tía Giselle a comprar un vestido?

—Sí —recordé, sonriendo—. Se puso a llorar y dijo que se veía como un oso polar.

Papá también sonrió:

—Porque había subido de peso. ¿Entonces qué dije yo?

—Que sí se veía como un oso polar —me reí.

—Me refiero a qué le dije yo... a ella.

—Oh. Que no, que se veía bien —recordé y empecé a jugar con mis deditos.

—Exacto. Porque, y tu abuelo me lo decía siempre, para una mujer es importante sentirse bonita. Y si tú haces sentir bonita a una mujer, ella te lo agradecerá y también te hará sentir bonito —me explicó papá al mejor estilo de un padre de los años 90.

—¡A mí no me importa que Suhail no me haga sentir bonito! —Me crucé de brazos otra vez.

—Ahora no te importa, Max, pero créeme, un día te importará.

«Un día te importará». En ese momento no lo creí a papá.

—Prométeme que le pedirás una disculpa a Suhail —me pidió como un favor.

Dudé antes de responder, pero yo siempre hacía caso a papá. Aunque antes de contestar hice rodar los ojos:

—Está bien, le pediré una disculpa a Suhail.

Cuando estuve a solas me puse a jugar con mi colección de soldados.

—¡Bam! ¡BAM! Ataca un tanque al otro. —Los hice chocar—. Rrrrrrrrr. ¡Suenan el motor de una avioneta antes de dejar caer una bomba! ¡BUUUUUUUUUUUUUUUUUUUUMMMMMMMMM!

Entonces la miré. Ahí, frente a mi ventana... porque resultó que a Suhail le habían asignado la habitación con ventana de cara a la mía. Cuando ella se dio cuenta se puso a llorar por segunda vez y salió corriendo a llamar a su mamá. «¡Niñas!». No obstante, cuando regresó, en apariencia resignada, esperó a que yo la estuviera viendo para cerrar de golpe su ventana en mi cara.

«¿Qué?!» ¡Que se disculpe con ella la más vieja de su casa!

4. Suhail

Luego de convencer a mamá de plantar un árbol frente a mi ventana, me lavé, anudé en dos coletas mi cabello y saqué del armario mi vestido morado; el que tenía perlas, encajes y flores. Iba a visitar a las niñas del vecindario y quería verme bonita. Las invitaría a mi fiesta de té. Yo misma había hecho las invitaciones y decoré los pastelillos para el bufé.

Ya había visitado la tercera casa e iba hacia las que faltaban, cuando vi a Max... Como era su costumbre, se hallaba sucio y llevaba puesta su camiseta del Hombre Araña. Él siempre vestía camisetas de superhéroes. Intentó ignorarme, pero yo decidí afrontarlo.

—¡No te voy a invitar a mi fiesta de té! —lo empujé.

Esperé a que se quejara y echara a llorar, pero se echó a reír en mi cara.

—Muchas gracias —dijo, cínico.

¿Cómo?

—¡No irás! —repetí—. ¡Y no me importará que tu mamá se lo pida a mi mamá!

Él me miró sobre el hombro:

—No se lo pedirá. Créeme.

Apreté los dientes.

—Habrán bufé de pastelillos rellenos de fresa, mantequilla y crema. También helado y galletas.

Max puso los ojos en blanco:

—Y niñas —dijo—. Muchas niñas cursis y lloronas.

—Nos vamos a disfrazar de princesas —agregué para que se pusiera verde de la envidia—. Cintia de Blancanieves, Clara de Bella, Ana de Cenicienta... y yo de Ariel.

—Mmm. Bien. Adiós —me ignoró.

Pero sabía que lo vería rogarle a mamá que le permitiera entrar a la fiesta.

5. Max

Eric y Sam me ayudaron a subir todo mi armamento de guerra a la azotea. El enemigo iba a tener una fiesta de té en el jardín de su casa e íbamos a apuntar el cañón con bolas de lodo hacia su cara. Excelente idea, ¿no?

Una por una, las demás niñas del vecindario llegaron a la casa de la llorona de Suhail.

—¿También le vamos a disparar a mi hermana? —preguntó Sam, preocupado.

—Sobre todo a tu hermana —dije, señalándola—. Mírala, es la que se ve más animada.

Estaba molesto.

Sam se encogió de hombros:

—Okey.

Eric y Sam son mis amigos desde preescolar, de modo que, para entonces, nuestra unión ya era sólida.

—Suhail es bonita —dijo Eric con cara de bobo.

«¿Qué?!» Sí, Eric era el más precoz de los tres.

—¡Es una niña! —me quejé.

—Nos tienen que gustar las niñas —se defendió él.

Bla, bla, bla...

—¡A mí no! —aseguré—. Cuando sea grande seré estrella de rock, no noviecito de niñas.

—¡Pues yo seré Tortuga Ninja! —anunció Eric, dando patadas al aire. Fingí recibir una y caí al suelo de forma dramática.

Aún recuerdo esa época, realmente confiábamos en ser lo que dijimos. Inocencia de niños.

—¡Cállense, nos van a mirar! —advirtió Sam a los dos.

El ruido había hecho que Suhail se volviera hacia mi azotea, pero estaba casi seguro de que no había visto que me encontraba cerca.

6. Suhail

Sonreí.

Lo había logrado. El salvaje estaba mirando mi fiesta desde su azotea, seguro lamentando no haber sido invitado.

Suhail: 1 - Max: 0.

Me giré hacia las demás princesas y les serví más té y galletas. En general todo iba bien hasta que un proyectil de lodo aterrizó en mi cara, y después uno

en la cara de Ana, y después uno en la cara de Clara, y así... De un momento a otro, mis invitadas comenzaron a llorar y huyeron de mi casa. ¡Huyeron de mí! Qué desastre. Después, frustrada, también me puse a llorar. Iba a ser la niña más odiada del vecindario.

Al echar otro vistazo a la azotea de la casa vecina pude comprobar que desde allí vinieron las bolas de lodo.

Todo era culpa de Max. Todo siempre es culpa de Max.

7. Max

—¡MAAAAAAX! —escuché aullar a mamá cuando todavía me encontraba en la azotea.

El principio del fin.

8. Suhail

«¡Pero lo pagarás caro, Max Solatano!»

9. Max

El enemigo se quejó con sus padres por el desastre de la fiesta de té. Por consiguiente, una vez más me hallaba en mi habitación siendo instruido sobre cómo tratar a las niñas y estaría castigado el resto del día. Aun así, debido a que papá pasaba poco tiempo conmigo por su trabajo, no era partidario de regañarme. Llamémosle «culpa». Y por lo mismo terminaba cada sermón tipo:

—¿Quién es la estrella de rock?

—¡Yo! —grité, y feliz salté sobre mi cama.

—¿QUIÉN ES LA ESTRELLA DE ROCK? —su sonrisa se extendía de oreja a oreja.

—¡YO, MAX SOLATANO! —reí.

Nos abrazamos.

A Papá le gustaba decirme que Max Solatano es nombre de estrella de rock. Mucho mejor que Suhail Didier, que sonaba como el nombre de una enfermedad terminal:

Paciente: Hola, doctor, ¿cómo estoy?

Médico: Lamento decirle que usted tiene Suhail Didier.

Me reía al imaginar esa conversación. Pero claro, todavía tengo en mi cara una pequeña cicatriz producto de la primera vez que dije eso frente a Suhail.

—Me preocupa tanta ira reprimida, enano —dijo papá, pidiéndome ocupar el lugar a su lado.

Otra vez jugué con mis deditos:

—Es que Suhail... —quise justificarme.

—¿Por qué no intentan ser amigos?

Miré a papá con cara de «¿Perdón?». No, Suhail y yo no podíamos ser amigos. Definitivamente no, y enumeré mis razones:

Razones para odiar a Suhail:

1. Mi habitación está tapizada del Hombre Araña, la de Suhail de Cenicienta, Blanca nieves, Bella... ¡Puaj!

2. Yo salto sobre charcos de lodo. Suhail guarda gel para manos en su bolso de Hello Kitty. ¡Gel para manos!

3. Tengo dos únicos amigos: Sam y Eric. Suhail no puede invitar a su casa el mismo día a Ana y a Cintia porque ellas dos son enemigas. ¡Niñas!

4. Todavía utiliza bicicleta con rueditas.

5. Aseguró que la programación de Nickelodeon es aburrida. ¿Cómo confiar en alguien que no mira *¡Oye, Arnold!*?

6. No sabe nada de videojuegos.

7. Tiene miedo a los perros de mayor tamaño que un chihuahua.

8. Cree saberlo todo.

9. ¡Dijo que me criaron en un zoológico!

La había investigado bien.

De cualquier manera recuerdo cuando me atrapó escribiendo mi lista:

—¿Qué tanto anotas en ese pedazo de papel? —preguntó con voz altiva.

En nuestra ventana teníamos un descansillo que permitía pasar el rato ahí sin, aparentemente, molestar a nadie... excepto por el vecino de al lado.

—Una lista de mis razones para odiarte —dije, anotando una décima razón.

10. Mete sus narices donde no la llaman.

—¡Pues yo también haré una lista! —me amenazó volviendo a cerrar de golpe su ventana.

10. Suhail

Cuando me bañé utilicé el gel especial de mamá, luego busqué dentro de mi armario el vestido más bonito y, por último, con sumo cuidado, sujeté mi cabello con un listón. Estaba decidida a demostrar al salvaje con que yo sí era una princesa.

Miranda, mamá de la pequeña bestia, nos había invitado a una cena en su casa para congraciarse con nosotros y disculparse por lo inoportuno que resultaba su retoño. A mamá no le agrada esa mujer, pero, a diferencia de Max, Miranda sí procura ser una persona civilizada, y por eso aceptamos asistir a la cena.

En casa de los vecinos nos situamos en la sala de estar para platicar antes de cenar. El salvaje se sentó en el sofá de cara al que yo elegí, llevando puesta, como siempre, una horrible camiseta de superhéroe. Aunque esta vez, para colmo, y como si no fuera ya molesto verle tan desaliñado, tenía desamarrados los cordones de los zapatos.

—¿En qué trabajas, Jacqueline? —preguntó Miranda a mamá.

—Soy abogada.

—Enhorabuena —la felicitó.

—Es la mejor abogada de la región —dije, repitiendo lo que siempre escuchaba decir a mamá.

El salvaje hizo rodar sus ojos al escucharme. Arquee una ceja en su dirección y de nuevo lo miré de pies a cabeza, tal como hace mamá cuando intenta intimidar a una persona que no es de su agrado. Pero Max no se inmutó.

—Es bueno saberlo —dijo Miranda, sonriendo—. Uno nunca sabe si mañana necesitaremos de una abogada.

Un comentario fuera de lugar. Lo sabía por la risa forzada de mamá.

—¿Tú a qué te dedicas, Daniel? —preguntó papá al padre del salvaje.

—Soy piloto aviador —dijo él en voz baja, restándose importancia.

—Papá es el mejor piloto aviador de la región —canturreó el salvaje, mirándome.

Burlándose. Aunque solo mamá y yo nos dimos cuenta de eso.

—No es así, Max —dijo el señor Solatano abochornado—. Hay docenas de pilotos mucho mejores que yo. Pero disfruto siendo tu superhéroe.

—Yo soy maestro de escuela —dijo papá, cosa que avergonzaba a mamá, de manera que pronto trataría de cambiar de tema.

Ella siempre decía: «¿Qué hace una abogada casada con un maestro de escuela?».

—Yo también soy maestra de escuela —aplaudí Miranda, cosa que puso de mejor humor a papá y, por consiguiente, arruinó el de mamá—. ¿A qué tipo de escolares das clases, Billy?

—Adolescentes. ¿Tú?

—Yo estoy en el preescolar. —A Miranda le puso contenta el cambio de conversación—. ¿No es maravilloso compartir lo que uno sabe?

—¿Desde cuándo viven aquí? —desvió el tema mamá, sin dar a papá la oportunidad de contestar.

Que mamá hiciera eso molestó a Miranda:

—Cuatro años —dijo, volviendo los ojos hacia papá—. Entonces, Billy, ¿no es maravilloso enseñar? —insistió en que él contestara.

Mamá se removió en su asiento, molesta. A ella no le gusta que la reten.

—Lo es —sonrió papá.

Cuando me aburrió esa conversación me giré hacia el salvaje con la intención de educarlo un poco:

—¿No vas a amarrar los cordones de los zapatos? —pregunté con una pizca de molestia.

—Sí, en algún momento lo haré —respondió él con una sonrisita de mal gusto.

—Deberías amarrarlos. Es peligroso no amarrarlos —insistí, pero él me ignoró.

Miranda se puso de pie:

—¿Pasamos a la mesa? —dijo, y nos indicó que la siguiéramos.

Los señores Solatano y el salvaje empezaron a caminar. Sin embargo, mamá, papá y yo, ocupados en nuestros propios asuntos, nos quedamos atrás.

Mamá dejó entrever su molestia:

—¿Por qué te tutea? —preguntó a papá cuando los señores Solatano se alejaron.

—No lo sé —Papá no comprendía su enojo—. Ayer por la mañana nos vimos al llegar a casa y platicamos sobre los niños. Supongo que le inspiro confianza. A mí no me molesta que me tutee.

—Es una maleducada —se quejó mamá, y yo asentí con la cabeza para mostrar a papá que estaba de acuerdo con mamá.

—No exageres, Jacqueline —dijo papá.

—¿Vienen? —escuchamos preguntar a Miranda. Se encontraba de pie en el espacio que separa el comedor de la sala de estar. ¿Qué tanto escucharía de la conversación entre mamá y papá?

Papá la siguió al instante:

—Claro. ¿Qué hay de cenar?

—Barbacoa —respondió ella, alegre.

Mamá también siguió a Miranda, aunque a una distancia prudente. Yo caminé junto a ella. Sin embargo, justo antes de llegar a la mesa, el salvaje se interpuso en nuestro camino. Mamá lo ignoró y continuó como si él no mereciera su atención, pero yo esperé para poder hacerle notar que todavía no había amarrado los cordones de sus zapatos.

—Los cordones de tus zapatos —dije y señalé sus pies.

—¿Qué? —Él se cruzó de brazos.

—Siguen sueltos.

—¿Y?

—Es molesto.

—¿Y?

—Te vas a tropezar.

Ese día mi paciencia alcanzó un nuevo nivel.

—¿Y?

—¡Te vas a lastimar!

—¿Y? —Max arqueó una ceja.

—¡AMÁRRALOS!

—¡Suhail! —me regañó mamá desde la mesa—. No. Levantes. La. Voz.

Me volví hacia ella:

—¡Él todavía no ha amarrado los cordones de sus zapatos, mamá! —lo acusé mirando a todos ya sentados.

—Ese no es tu problema —dijo ella.

—Max, amarra los cordones de tus zapatos —pidió al salvaje su padre para evitar más problemas.

—Enseguida, papá —contestó Max con esa sonrisita en su rostro que ya empezaba a odiar, y que sigo odiando después de tantos años.

11. Max

Mirándome directo a los ojos, el enemigo ensartó bruscamente un tenedor en su barbacoa, dándome a entender que yo tendría el mismo final que el cerdo en su plato. Me reí y disfruté lo más que pude mi cena, pues esa noche me percaté de que le molestaba verme feliz. Eso me encontraba haciendo cuando mi tenedor cayó al piso y me dispuse a recuperarlo. De inmediato salté de la silla y me coloqué en cuclillas bajo de la mesa.

—Mamá me enseñó a tener buenos modales en la mesa —escuché piar al enemigo—. Masticar en silencio la comida, usar la servilleta, no dejar caer nada...

Por supuesto, ella no iba a dejar perder la oportunidad de hacer notar que se cree mejor que yo. «Se cree». Molesto, suspiré con pesadez, seguro de que necesitaba vengarme, y por fortuna la oportunidad se me presentó cuando buscaba mi tenedor en el piso, pues vi algo que llamó mi atención. El enemigo usando zapatillas... zapatillas con cordones. «¡Bingo!»

Me arrastré hasta sus pies y las desaté. Después las amarré de vuelta, aunque entrelazándolas entre sí lo suficientemente fuerte como para resistir un tropezón, pero también desatarse al instante. Ya lo había hecho en el colegio, de modo que sabía dónde sujetar. De regreso en la mesa, le mostré al enemigo el tenedor ya recuperado.

—Ya no lo puedes usar, está sucio —dijo con ese tonito insoportable que heredó de su mamá.

Pero la ignoré. Cogí otro pedazo de barbacoa y metí el tenedor en mi boca.

—Yiuuu —chilló Suhail—. Mamá, míralo —me acusó—, se metió el tenedor a la boca sin haberlo limpiado antes.

Pero su madre también la ignoró. Los adultos estaban entretenidos platicando entre ellos. Suhail arrugó la nariz y yo reí. Moría de ganas de que Eric y Sam conocieran de cerca al enemigo y me ayudaran a sacarlo del vecindario.

«¡FUERA, NIÑAS!»

—Miranda, te escuché decir que tendrán una niña —preguntó la señora Didier a mamá.

—Posiblemente. Lo estamos intentando —sonrió ella, tímida.

«Oh, no...»

—Oh. —A la señora Didier le incomodó ese tema tanto como a mí—. Es decir que todavía no estás embarazada.

—No, no lo estoy. En realidad, Daniel y yo queremos adoptar.

—¿Qué?

Sí. «¿Qué?» Lo mismo había dicho yo.

—Por complicaciones durante el parto de Max no puedo tener más hijos —dijo mamá—. Pero quiero una princesita.

—¿Puedo jugar con ella? —preguntó Suhail. Acá entre nos, la entrometida de Suhail.

Puse los ojos en blanco.

—Por supuesto, cariño —contestó mamá. A ella le ilusionaba mucho la idea de tener una hija.

A continuación, la mamá del enemigo empezó a enumerar las desventajas de adoptar. Eso incomodó a mamá.

—El domingo es el cumpleaños de Max —dijo papá, en un intento de desviar el tema de conversación y ayudar a mamá—. Nos gustaría que vinieran a la fiesta.

«Oh, no». Esboqué una mueca de fastidio.

—Visitaré a un cliente el domingo —se disculpó la mamá del enemigo.

Perfecto, ella y su hija insoportable no vendrían. Iba a festejarlo cuando...

—Pero Suhail y yo sí estaremos aquí —dijo Bill—. Con gusto vendremos.

A la mamá del enemigo no le hizo gracia que su esposo la contradijera, aunque no se lo discutió frente a nosotros. Aun así:

—Hora de irnos —dijo, presumida, levantándose de la mesa con el cuello estirado. La señora Didier me recordaba a una jirafa.

—Pero todavía falta el postre —dijo mamá, confusa, empezando a servir el pastel de manzana. Le hice una seña para que me pasara un plato. Me encanta el pastel de manzana de mamá.

—Suhail no puede comer postre, está castigada —dijo la jirafa.

—¿Por qué? —preguntaron el enemigo y su padre al unísono.

Yo sonreí.

—Por levantar la voz en casa de los vecinos —objetó la otra.

Bill se mostró en desacuerdo, pero no se lo discutió a su esposa. Al menos no en ese momento.

Cual princesa en deshonor, el enemigo trató de levantarse dignamente de la mesa, sin embargo, al instante tropezó con sus pies y se llevó el mantel de la mesa al piso con ella. Me apresuré a coger mi plato, porque ahora casi todo estaba sobre el alfombrado.

—¡SUHAIL! —chilló la madre-jirafa, avergonzada.

—Lo siento, mamá, no sé qué pasó —dijo el enemigo, sollozando.

—¡Trozaste con tus pies! ¡Anda, mira los cordones de tus zapatos!

Suhail bajó la mirada y observó con duda sus pies.

Saboreé un pedazo de pastel, y así, con la boca llena, dije al enemigo con el mismo tonito que utilizó conmigo:

—Deberías amarrar los cordones de tus zapatillas, Suhail. Es peligroso no amarrarlos.

12. Suhail

Fue él. ¡Estaba segura de que fue él! Tenía esa estúpida sonrisita en su rostro, la que siempre lo delata. «¡Fue él!» Pero decidí no decir nada a papá y a mamá, porque la discusión que empezaron en casa de los vecinos continuó al llegar a casa. Y acusar al salvaje solo lo hubiera empeorado todo. En todo caso, decidí encargarme yo misma de él... y la oportunidad se me presentó el día de su cumpleaños.

13. Max

Pese a ser el día de mi cumpleaños mamá me despertó temprano para que apartara en una caja los juguetes que dejé de utilizar. Es tradición hacerlo porque las Hermanas de la caridad visitan el vecindario en agosto y, para apoyar su causa, el comité de vecinos pide a cada familia dejar nuestro aporte frente a la puerta principal. Llené una caja completa con cosas que ya no utilizaba, deseando poder empacar en otra al enemigo.

Hablando del enemigo, no me acusó de hacerla tropezar... y sabía que fui yo, lo vi en sus ojos llenos de odio. Por ende, me sorprendió que no dijera nada. Esa mañana también la vi llenar cajas para las Hermanas de la caridad. Se veía pequeña e ingenua apartando cada cosa. Entonces no sospeché que estuviera planeando una de mis peores tragedias.

14. Suhail

Una vez más, escogí un vestido bonito y peiné con cuidado mi cabello para visitar la casa de los vecinos. No iba a dejar ganar a Max.

15. Max

—¿Quién es la estrella de *rock*?

—¡Yo!

—¿QUIÉN ES LA ESTRELLA DE ROCK?

—¡YO!

Salté hacia los brazos de papá y él me hizo dar vueltas hasta marear. Qué recuerdos. Con nadie me divertía más que con papá.

—¡Ya ocho años, enano! —celebró.

—¿Ya soy un adulto? —pregunté, inocente.

—Tampoco exageremos. —Me abrazó.

Llevaba puesta otra de mis camisetas del Hombre Araña, aunque mi cabello estaba peinado estilo *punk*. Mamá rio al vernos:

—Si sigues con eso de la «estrella de *rock*» le meterás en la cabeza serlo. Además, ese estilo de cabello es *punk*, no *rock*.

La mirada de papá se iluminó.

—¿Y por qué no puede ser una estrella de *rock*? —preguntó—. ¿Por qué no puede ser famoso? —insistió y me miró con una sonrisa pícaro.

¿Yo, famoso?

—¡SÍ! —salté—. ¡SÍ! ¡Famoso!

Mamá negó con la cabeza, aunque al igual que papá, estaba sonriendo. Acto seguido, sonrió y me mostró el obsequio que escondía tras ella. El primero que recibiría ese día.

—Te va a gustar —aseguró papá con solemnidad, y mamá me entregó la enorme caja envuelta en papel azul brillante. La abrí en tiempo récord:

—Una guitarra —dije con emoción al descubrir lo que había dentro: una guitarra acústica de color negro que todavía conservo—. ¡UNA GUITARRA, PAPÁ! —Lo abracé.

No tenía la menor idea de lo que hacía, pero me apresuré a colocarla sobre mi regazo y la «toqué».

—¡Eso es! —me animó papá, feliz—. ¡Hora de un concierto!

—Primero debería ensayar —aseguró mamá cubriendo sus oídos.

Pero yo no quería parar de tocar pese a hacerlo mal. Algo despertó en mí ese día.

—Eso sí, una estrella de *rock* debe saber sobre *rock*, ¿no? —celebró papá y fue a su habitación por discos.

Sabía lo que vendría a continuación.

—¡SÍ! —salté, alzando los brazos en lo que papá buscaba una canción para que la cantáramos. Su favorita era *I Was Made For Lovin' You* de Kiss.

—Tienes que conocer bien a estos ídolos, enano —dijo.

Los dos bailamos y cantamos hasta que los invitados a mi fiesta comenzaron a llegar con obsequios.

16. Suhail

Papá y yo llegamos temprano a la casa vecina y ayudamos a Miranda a terminar de acomodar todo para la fiesta de cumpleaños de la pequeña bestia. Eso me dio una idea y se lo sugerí a papá.

—Miranda, ¿dónde vas a colocar la mesa para los obsequios? —preguntó papá en mi lugar, puesto que si preguntaba yo levantaría sospechas.

—Tiene que ser en un lugar visible, cariño.

Me pregunté qué pensaría mamá de escuchar a Miranda llamar «cariño» a papá, pero lo dejé pasar.

—Sí. Debe ser en un lugar en el que todos la puedan ver —sugerí, con cara inocente.

—Excelente idea, princesa —me felicitó Miranda y me ayudó a acomodar la mesa junto a la puerta principal.

Lo que te esperaba, Max...

La fiesta transcurrió de lo más aburrida, o al menos para mí lo fue. Casi todos los invitados eran niños, niños escandalosos y sucios al igual que Max, y no tuve con quien jugar. Las únicas niñas eran dos primas de Max que todavía utilizaban babero. Lo bueno es que tuve tiempo suficiente para llevar a cabo mi plan.

Cuando el mago que animaba la tarde terminó su show, todos comenzaron a gritar «¡Obsequios!, ¡obsequios!» y me abrí paso entre los invitados para estar cerca de Max.

17. Max

—No es por nada, pero mi obsequio para ti es un muñeco live action del Hombre Araña —dijo mi tío guiñándome un ojo.

—Y el mío una colección de cochecitos —dijo otro, y eso solo me animaba más y más. No podía con la emoción.

Corrí hacia donde sabía que se hallaba la mesa para los obsequios, aunque no encontré nada además de la mesa. Busqué debajo del sobre mantel, pero tampoco vi algo. Lo único era una hoja de papel pintarrajeada con la palabra Donativos. Miré a mamá sin comprender. Ella se veía preocupada.

—Oh, no, cariño —dijo mirando de la mesa a la puerta, todavía entreabierta.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Creo que las Hermanas de la caridad se lo llevaron todo.

«¡¿Qué?!»

—Pero... Pero... —Quería llorar—. ¡No, mamá! Aquí estaban los obsequios — señalé la puerta.

«Oh, mi muñeco *live action* del Hombre Araña».

—¿Hace cuánto tiempo los viste? —pregunto mamá.

—¿Dos horas? ¿Tres? Qué sé yo, ¡MAMÁ!

Los invitados nos miraban sin comprender. Todos excepto uno. Suhail. Viéndola batir sus pestañas hacia mí supe todo lo que necesitaba.

—¿Qué sucede, Miranda? —preguntó papá, abriéndose paso entre los invitados, que aún esperaban ver los obsequios.

—Las Hermanas de la caridad se llevaron los obsequios de Max —informó mamá a todo el que estuviera escuchando—. Los confundieron con donativos —señaló la hoja que pintarrajeó Suhail.

Un «Oh» sorpresivo vino de toda la sala. Apreté los labios conteniendo las ganas de llorar. «No voy a llorar. No voy a llorar. ¡Ah, mis obsequios! Pero no voy a llorar». ¡No iba a darle al enemigo el placer de verme humillado! Y tampoco podía acusarla. No cuando ella no me había acusado por lo de los cordones. Se vería mal y cobarde. Porque llorar y acusar es algo que hacen las niñas, no los niños que visten camisetas del Hombre Araña.

—Deberíamos aplaudir a Max —escuché decir a Suhail, y fue ella quien aplaudió primero; el resto de los invitados la siguió—, quien comprende mejor que nadie la importancia de dar sin esperar nada a cambio.

¿Ahora estaba dando un discurso? «¡Ah, la odio!».

—Eres un gran ejemplo, Max —me felicitó una tía.

—Estoy orgulloso de ti, enano —me felicitó papá.

¿En qué momento todos asumieron que tal acto de «caridad» fue iniciativa mía? No lo sé, pero incluso mamá se acercó a abrazarme. Un invitado tras otro lo hizo, incluida Suhail...

—Me voy a vengar. Lo sabes, ¿no? —le susurré al oído, amenazándola.

—Estaré lista —respondió ella, divertida.

Ese día empezó de manera oficial nuestra guerra.

18. Suhail

Secuestró a mi pez.

19. Max

Tiñó de rosa a mi perro. Mi blanco y leal perro.

20. Suhail

¡Decapitó a mis muñecas!

21. Max

¡Le puso uñas acrílicas a mi G.I. Joe!

22. Suhail

¡Les dijo a los niños del vecindario que me llamaran «Demonio pelirrojo»!

23. Max

¡Empezó el rumor de que tengo piojos!

24. Suhail

¡Arrojó un sapo a mi ventana! ¡A MI VENTANA!

25. Max

¡Su mamá le aconsejó a la mía llevarme al dentista!

26. Suhail

¡Aflojó las rueditas de soporte de mi bicicleta!

27. Max

¡Puso pegatinas de las princesas Disney a mi patinete!

28. Suhail

¡ALTO EL FUEGO!
«No puedo más».

29. Max

Por alguna razón, ahora Suhail lloraba todo el tiempo y la veía menos. ¿Me había pasado con lo de las rueditas de su bicicleta?

30. Suhail

«Mis papás me dijeron que se van a divorciar».

31. Max

Para mí era normal escuchar discutir a los padres de Suhail.

—¡Me voy a largar! —gritaba su mamá.

—¡Pero ya! —gritaba de vuelta su papá.

—¡Y mi hija se viene conmigo!

—¡Eso sí que no! —un portazo y más gritos y reclamos.

Yo me escondía debajo de mi cama. ¿Qué era todo eso?

Mis papás no se gritaban. Aun así, por la cercanía de nuestras ventanas, me tocaba escuchar a los padres de Suhail pelearse todo el tiempo por nada y todo.

Y al mismo tiempo escuchaba a Suhail llorar.

32. Suhail

Peleaban donde fuera y frente a quien fuera. ¿Por qué? ¿Por qué no podían ser como los padres de Max?

33. Max

Y todo empeoró cuando Suhail empezó a asistir al colegio. Mi colegio. No solo era incómodo que la llamaran «alumna nueva» y que además estuviese en el mismo salón que yo, sino que los problemas que tenían sus padres, debido a los escándalos que ellos mismos propiciaban, eran de demonio público y Suhail tenía que soportar, quisiera o no, los comentarios.

—Mi papá escuchó a la mamá de Suhail llamar «idiota fracasado» a su marido —rió Eric cuando vio a Suhail caminar por el pasillo.

Iba caminando sola y nuestros compañeros reían a su paso. Tenía una semana de asistir a clases y aún no había hecho amigas, al contrario. Yo me sentía... preocupado. Vamos, yo no quería patear a un árbol caído. Necesitaba que Suhail fuese la misma niña odiosa y altiva de siempre para no sentirme mal por molestarla. Sin embargo, la vi percatarse de lo que dijo Eric y de inmediato bajó la mirada, parecía avergonzada. ¡Obviamente se sentía avergonzada! Y a eso me refiero. ¿Dónde estaba la Suhail que hubiera venido a gritar que me callara?

Codeé a Eric.

—¿QUÉ? —se quejó él—. Eres el primero en hacerle la vida imposible a Suhail. Para qué negarlo.

—Pero... Pero... —No tenía ningún tipo de argumento para rebatir eso.

Sam se encogió de hombros:

—Pero con eso no se juega —dijo a Eric—. Digo, debe ser terrible que tus padres se odien y se peleen frente a quien sea.

—Exacto —dije viendo a Suhail recibir un sándwich a la cara. «¿Qué diablos?»—. ¿Qué fue eso? —pregunté a Eric viendo al enemigo salir corriendo para evitar recibir más burlas y más cosas arrojadas a su pecosa cara.

El chico que le arrojó el sándwich se volvió hacia a mí como si esperase mi felicitación. «¿Qué rayos?»

—Como tú molestas a Suhail, muchos en el colegio creen que también pueden declararle la guerra —me recordó Eric.

¿QUÉ?

—¡No! —exclamé, buscando la mirada de todos en el pasillo. En ese momento estaba odiando a todo el colegio—. ¡ESO ES ALGO ENTRE SUHAIL Y YO! —les grité—. Nadie más puede meterse. ¡Nadie!

La mitad lo comprendió, la otra mitad... no. Porque Edgar, el niño que le arrojó el sándwich a Suhail, ahora se acercaba a mí con actitud de gorila:

—¿Nos estás diciendo que solo tú puedes molestar a Suhail? —me empujó. Ese niño quería pelea—. Eso sí que no —me advirtió luego—. Yo también le declaré la guerra.

Eric y Sam me hicieron una señal para que sacara la bandera blanca. Tenía que permitir a Edgar molestar a Suhail si quería conservar mi linda cara. Estábamos a finales de los noventa y muchos ya habían mandado al carajo la ideología de la «no violencia». Por mi parte, me hallaba seguro de dos cosas: si no le devolvía el empujón a Edgar, el resto del ciclo escolar sería su perra. Y, peor aún, él asumiría tener luz verde para molestar a Suhail lo que quisiera. Y eso sí que no...

Eso sí que no. Por eso, le devolví el empujón a Edgar.

¡Solo yo podía molestar a Suhail!

—¡PELEA! ¡PELEA! ¡PELEA! —empezó a anunciar Eric a todos nuestros compañeros en el pasillo.

Me encontraba asustado, pero no bajé la cara. Quién diría que mi primera pelea sería por Suhail Didier.

34. Suhail

Cuando subí al autobús escolar que me llevaría de regreso a casa, me sentí mal por la cantidad de comida y basura que llevaba encima. Más niños me habían arrojado cosas a la hora de la salida. Me veía fatal yapestaba.

Caminé en medio de las dos filas de asientos soportando burlas y críticas.

«¡Apesta, Suhail!»

«¿Por qué huele a perro muerto?»

«¡PERDEDORA!»

«¡Alguien, échela fuera!»

Sabía que el odio hacia mí tenía dos posibles motivos:

1. El espectáculo que montaban mis padres cada vez que asistían a una reunión de profesores:

—¡Suhail se va conmigo!

- ¡No, conmigo!
- ¡El juez ordenó que a mí me toca hoy!
- ¡Vete al infierno!

2. Max Solatano.

Todos me consideraban una perdedora por ser hija de los «escandalosos» y por ser odiada por un niño bastante popular. Mi situación no podía ser peor. Y sentí un profundo resentimiento hacia Max hasta que lo vi subir al autobús en peor estado que yo. Se hallaba despeinado, tenía un ojo morado... y, ¿ese olor era excremento?

—¡Les advierto que el niño que me retó está peor! —nos gritó a todos.

Y no es que un niño de segundo de primaria inspire miedo, sino que el resto eran niños de segundo, primero y preprimaria. Aun así, el conductor del autobús se puso de pie y, molesto, se dirigió a nosotros:

—Ei, ustedes dos —nos señaló a Max y a mí—. Sí, ustedes, los malolientes. Se me van hasta el último sillón.

Max refunfuñó, pero yo me sentí agradecida. De otra manera ninguno allí me hubiera permitido sentarme a su lado.

Los ocupantes del último sillón nos lo entregaron de mala gana y Max y yo, a regañadientes, nos sentamos uno al lado del otro... apestosos... enojados... callados...

Cuando el autobús giró en la esquina de nuestra calle, finalmente nos miramos.

—Tienes papel higiénico sobre tu cabello —le dije.

—Y tú pareces un *hotdog* con exceso de condimentos —respondió.

Nos reímos y bajamos del autobús cuando el encargado del grupo avisó que habíamos llegado.

Era la primera vez que Max y yo reíamos juntos.

35. Max

Esa noche, en mi habitación, como ya era costumbre, escuché llorar a Suhail. ¿Por qué tenían que estar tan cerca nuestras ventanas? ¿Por qué?

—No apagues la luz, mamá —sollozó—. Creo que hay un fantasma.

—Suhail, ya estás grande para eso. Aquí no hay fantasmas —la regañó la jirafa malhumorada.

—Pero, mami...

—Basta.

—¿Puede venir papá?

—Él ya no vive en esta casa.

Escuchar eso hizo llorar más a Suhail.

—¿Me va a llamar?

—Lo verás los fines de semana.

—¿Por qué no puedo verlo mañana?

Sí, ¿por qué?

—Porque el juez dijo que solo los fines de semana.

—Mami...

Qué juez tan cruel.

—Ya, duérmete. Terminó de acomodar tu armario y me voy a mi habitación.

Me acerqué más a la ventana.

—No me dejes sola. Ahí está el fantasma.

—No hay ningún fantasma.

—Quiero a papá.

—¡BASTA!

Hasta yo salté de lo fuerte que se escuchó eso. Después vi a la señora Didier apagar la luz y salir de la habitación de Suhail.

—Mami... —se quedó llorando Suhail—. Mami... El fantasma.

Regresé a mi cama. Si no me dormía temprano no despertaría de buen humor al día siguiente.

—Mami...

Pero Suhail no paraba de llorar.

—Por favor, mami...

Di vueltas en mi cama.

—El fantasma...

La señora Didier tenía razón. No existen los fantasmas. Aun así, para que Suhail se callara, cogí mi linterna del Hombre Araña, regresé a la ventana y apunté a su ventana.

—¡Voy a vigilar que no venga el fantasma! —informé.

Escuché un silencioso «Gracias» y esperé ahí hasta que el enemigo concilió el sueño. Porque eso seguía siendo Suhail, el enemigo. E hice lo mismo, esa noche y muchas más, por mí y por mi sueño, no por Suhail.

Aunque algunas veces las ganas de dormir temprano me vencieron.

—¡Max, el fantasma! —me despertaba ella llorando y de inmediato volvía a apuntar mi linterna hacia su ventana—. Gracias—me agradecía ella.

Pero lo hacía por mí. No por Suhail.

No por Suhail.

36. Suhail

► *Classic* - Adrian Gurvitz

Venía de pasar la tarde con papá cuando el sonido de una canción llamó mi

atención.

—Nos vemos el próximo fin de semana, princesa —se despidió mi padre con un beso.

Cuando terminó de aparcar el coche bajé y busqué el lugar del que provenía el sonido.

Dos voces cantaban acompañadas por una guitarra. Una voz grave y experta, y otra de niño que, digamos, no lo era tanto.

Mis pies y mi curiosidad me llevaron hasta la cochera de los Solatano. De ahí provenía el sonido. Max y su padre estaban ensayando.

—Empecemos de nuevo, enano —dijo el señor Solatano. Vi a Max acomodar torpemente la guitarra sobre su regazo—. *Gotta write a classic, Gotta write it in an attic...* —continuó el señor Solatano—. Vamos, Max, tú puedes. Es una canción fácil para tocar y cantar.

Me consta que Max trató de hacerlo tan bien como su padre:

—*Baby, I'm an addict now, An addict for your love...* —cantó y tocó tratando de ponerle sentimiento. No era el mejor, pero escuché al señor Solatano decir que iba mejorando.

En ese momento no sospeché cuán importante sería para nosotros esa canción.

—¡Suhail! —el señor Solatano me saludó al verme.

Los saludé a ambos. No obstante, Max bajó la mirada y no me devolvió el saludo. Se avergonzó al darse cuenta de que lo estuve escuchando. Por mi parte, ya no odiaba a Max. Desde que me ayudó con el fantasma nuestro trato era más cordial.

37. Max

Suhail estaba equivocada respecto a nosotros. Así lo sentí en ese momento.

Lo vi en su cara. Por ayudarla con el fantasma asumió que yo... Bueno... ¡NO! No éramos amigos ni nada. A lo mucho éramos socios. Pero amigos no.

Para mí era incómodo. Suhail me miraba como si yo fuera algo especial en su vida y, bueno, como si me hiciera falta más, eso animó a papá a...

—Los dejo solos —dijo con una sonrisa boba en la cara y salió de la cochera. «Traidor».

—Hola, Max —me saludó Suhail Didier batiendo lentamente las pestañas.

—Hola —respondí, tímido.

¡Vamos, hombre! Yo pensaba en superhéroes y guitarras. No en chicas. Al menos no todavía.

Suhail se acercó a mí hasta el punto de que adulteró mi espacio personal y... sé que quiso darme aquel beso en la mejilla, pero como traté de evadirla, este terminó en... los labios. ¡SÍ, LOS LABIOS! Los dos abrimos mucho nuestros ojos

e hicimos lo más valiente que harían un par de niños a esa edad: ir a buscar a nuestras mamás.

Esa noche ninguno se asomó a su respectiva ventana. Suhail no lloró por el fantasma y yo... pues yo, para distraerme, continué ensayando *Classic* con una guitarra imaginaria. Movía los dedos como si en realidad la estuviera tocando.

Y... no hay nada más que decir sobre ese día. El día que Suhail me dio mi primer beso.

38. Suhail

El ambiente en el colegio mejoró con el tiempo. Creo que tuvo que ver con que Max golpeará a quien me molestaba, pese a que no sé por qué lo hacía. Es decir... Por alguna razón no terminaba de caerle bien, pero me defendía. Max me defendía. Asumí que esa actitud era parte del extraño comportamiento de los niños.

La prueba de fuego para él llegó una mañana que entré tarde a la clase de inglés. Veinte de los veinticinco bancos dobles del salón se hallaban ocupados, pero cinco de mis compañeros no tenían pareja.

—Bien, chicos, ¿quién le permitirá a Suhail sentarse a su lado? —preguntó la maestra.

Silencio incómodo.

—Junto a mí se sienta Cintia —dijo Paula—, pero fue al baño, maestra.

Eso me dejaba como opción cuatro asientos. Uno era el de Max, que siempre lo compartía con Sam, aunque ese día Sam faltó al colegio. Vi la expresión de horror en los ojos de Max al darse cuenta de que podía escoger sentarme junto a él, lo cual sería incómodo después de que nos besa... A decir verdad, ya que él fingía demencia sobre ese asunto, yo también intentaba olvidarlo.

—Entonces, ¿quién compartirá banco con Suhail? —volvió a preguntar la maestra—. No miro manos levantadas.

Para mí fue incómodo estar de pie frente a mis compañeros y sentirme rechazada.

—Nadie, maestra —dijo la voz de un niño al fondo del salón. Tuve miedo de que se tratara de Max, pero no. Era Edgar—. Es que Suhail apesta.

La mayoría rio al escuchar a Edgar decir eso y sentí muchas ganas de llorar, sin embargo, la maestra salió en mi defensa:

—Hoy no sales a recreo, Edgar.

—Pero, maestra...

—Dije que no.

Después vi con tristeza cómo dos niñas colocaban su mochila junto a ellas para tampoco compartir su lugar conmigo. No obstante, mi tristeza cambió a sorpresa

cuando Max hizo un gesto con la mano señalando su propio banco. Sabía que lo hacía por lástima, por compromiso, pero algo es algo.

—Gracias, Max —dijo la maestra.

Cogí mis cosas y empecé a caminar.

—Max quiere que su novia se siente junto a él —se burló Edgar.

Vi el rostro de Max enrojecer, pero en ningún momento se echó para atrás. Me iba a permitir sentarme junto a él.

—Mañana tampoco sales a recreo, Edgar —dijo la maestra.

—Pero, maes...

—Ya, silencio. Cuando Suhail tome asiento seguiremos con la clase.

Cogí aire y seguí caminando en medio de las filas de bancos, en dirección al lugar que ocupaba Max. Él no me veía, se mostraba «distráido» dibujando algo en su cuaderno. De pronto una mano se atravesó en mi camino, interrumpiéndolo. Era la mano de una niña que también era nueva en la clase.

—Suhail también se puede sentar a mi lado, maestra —dijo en voz alta.

—Tú eliges, Suhail —dijo la maestra, impaciente por continuar la clase—. Te sientas con Max o con Ling.

El nombre de la niña, de apariencia asiática, era Mei Ling. Le di las gracias y me senté a su lado sabiendo que de esa forma también le devolvía el favor a Max, pues sería difícil para ambos soportar las risas.

39. Max

En el autobús escolar, ya de regreso a casa, Suhail trató de darme las gracias por ofrecerle mi banco durante la clase de inglés... pero la ignoré.

¿Por qué tenía que ser tan... tan... expresiva? Que lo deje pasar y ya. Lo mismo con el beso. Yo necesitaba creer que eso jamás sucedió.

Cuando bajamos del autobús cada uno caminó hacia la puerta de su casa, aunque, para mi sorpresa, Suhail no entró a la suya. Ella simplemente se sentó sobre los escalones frente a su puerta. No era la primera vez que hacía eso. Siempre me pregunté por qué, pero supongo que no lo suficiente.

Entré a mi casa, saludé a mamá y ella me preparó algo de comer. Esa tarde seguiríamos ensayando *Classic* con papá, pero él todavía no llegaba. Esperé. Cuando el reloj marcó las cuatro por fin escuché el coche de papá estacionarse. Salí corriendo a recibirlo:

—¡Hola, enano! —me saludó con un fuerte abrazo—. ¿Qué tal te fue en clase? ¿Me extrañaste?

Y le estaba platicando mi día cuando noté que su mirada cambió de dirección y se tornó preocupada. Miraba la casa de Suhail. En concreto estaba mirando a Suhail, que continuaba sentada sobre los escalones frente a la puerta de su casa, todavía acompañada de su mochila. Habíamos llegado del colegio hace tres horas.

¿No había entrado a su casa? Y eso no era lo peor... se encontraba llorando.

—Ve por tu mamá —me pidió papá y caminó hacia donde estaba sentada Suhail.

Corrí a llamar a mamá y después ambos alcanzamos a papá, que ya estaba de pie frente a Suhail.

—No me quiere platicar qué pasa —dijo papá a mamá cuando llegamos.

Suhail tenía la cabeza baja.

—¿Ya comiste, cariño? —le preguntó mamá.

Suhail negó con la cabeza.

—¿No hay nadie dentro? —continuó mamá.

Suhail no dijo nada. Mamá se puso en cuclillas para poderla mirar de frente:

—¿Qué pasa, linda? ¿Por qué no has entrado a tu casa?

Suhail no quería hablar, pero mis padres insistieron en saber.

—Es que... —Suhail balbuceó y continuó llorando—. Es que... adentro está el fantasma.

«Oh, no».

—¿Qué fantasma? —preguntó mamá.

El llanto de Suhail aumentó.

«Tal vez debería ir por la linterna del Hombre Araña».

Mi papá se sentó al lado de Suhail:

—Yo soy experto en exterminar fantasmas —dijo, sonriendo—. Puedo acompañarte dentro. También irá Max, si quieres.

Un momento. Una cosa era espantar fantasmas con una linterna, pero, ¿enfrentarlos?

—No, por favor. Mamá se enojará —dijo Suhail.

—¿Dónde está tu mamá? —preguntó mi mamá a Suhail.

Suhail dudó en responder:

—Trabajando.

—¿Quieres que llamemos a tu papá? —dijo mamá, poniéndose de pie—. Creo que guardé su teléfono en...

Los ojos de Suhail se abrieron mucho, negó con la cabeza y también se puso de pie. Parecía tener miedo. Es más, parecía tener pánico.

—¡No, a papá no, por favor! —exclamó—. ¡Él no puede saber del fantasma!

Mamá se veía preocupada:

—¿Por qué no puede saber del fantasma? —preguntó.

—Tal vez estamos preguntando demasiado, Miranda —dijo papá.

—Ella está afuera sin comer —justificó mamá, molesta—. Tenemos que saber por qué.

Suhail siguió llorando:

—Es que... Es que... Pero Max ya lo ahuyentó —aseguró—. Solo debo esperar a que mamá venga.

—¿A quién ahuyentó Max? —preguntó mamá mirándome con extrañeza.

—Al fantasma —contestó Suhail—. Por las noches, él... —«No, no les cuentes.

Qué vergüenza.»— espera en su ventana hasta que yo me duerma.

—Iré a espantar a ese fantasma —avisó papá a mamá, guiñándole un ojo. Se incorporó y caminó hacia la puerta de la casa de Suhail—. ¡Señor fantasma, salga! —dijo, tocando fuerte la puerta—. ¡Ya no asuste a Suhail!

—¡Ya no entre por las noches a la habitación de Suhail, señor fantasma! —grité yo para ayudar a papá.

Me reí, pero el rostro de Suhail aún expresaba miedo. ¿Por qué? Y este aumentó cuando escuchamos que alguien, dentro de su casa, se aproximaba hacia la puerta.

Papá miró a mamá sin comprender. ¿Era el fantasma?

—Pensé que no había nadie en casa —dijo mamá a Suhail, pero ella solo se escondió detrás de mamá.

Un hombre abrió la puerta.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó a papá y luego advirtió mi presencia, la de mamá y la de Suhail—. Oye, ¿por qué no has entrado? —le preguntó a ella.

Papá trató de explicar la situación al hombre mientras yo escuché a mamá preguntar a Suhail:

—¿Quién es él?

—El fantasma —respondió Suhail todavía llorando, y se acercó al oído de mamá para susurrar—: Pero no digamos nada, por favor. Nada. Nadie puede saberlo.

40. Suhail

No sabía cómo explicar a Miranda lo sucedido. Mamá me había prohibido decir que su nuevo novio estaba viviendo con nosotras. Y él, el novio, me había prohibido decir que... que...

Se encontraba molesto. Lo vi en sus ojos cuando el señor Solatano trató de explicarle por qué no entraba a la casa. Pero no había nada que explicar. El novio de mamá sabía mejor que nadie por qué no quería estar a solas con él.

Recuerdo esa etapa de mi vida con tristeza. Mamá se entusiasmó tanto por los logros que recién tenía en su carrera que fue imprudente al dejarme a solas con un extraño. Supongo que ella confiaba en él, pero yo... Por las noches contaba con Max para alejarlo. Pero evitaba entrar a nuestra casa hasta que mamá llegara. Él no intentaba nada cuando mamá estaba cerca.

41. Max

Mamá lloró con Suhail y la consoló. No comprendí por qué hasta muchos años después.

—Ningún fantasma te volverá a hacer daño —le prometió y le pidió

acompañarla a nuestra casa.

Suhail no quería.

—No tengas miedo, todo va a estar bien —insistió mamá.

—Mamá no puede saber nada —repetía Suhail bañada en lágrimas.

—¿Qué pasa? —preguntó papá a mamá al ver llorar con más intensidad a Suhail para después mirar al hombre todavía de pie en la puerta.

Mamá le pidió a papá acercarse y le explicó la situación en voz baja. Jamás había visto tan furioso a papá. Trató de coger al hombre del cuello, pero este le cerró la puerta en la cara.

—Tenemos que llamar a Bill Didier y a la policía —dijo mamá. Papá asintió con la cabeza.

Suhail lloró y gritó más fuerte:

—¡No, a papá no! ¡A papá no! ¡Mamá se enojará! ¡Por favor!

—Tranquila, cariño —Mamá abrazó a Suhail—: Nadie se va a enojar.

En ese momento me pregunté: ¿Todo esto por un fantasma?

Regresamos a casa. Suhail nos acompañaba. Mamá le preparó algo de comer y me pidió hacerle compañía en lo que ella y papá hacían unas llamadas.

Suhail tenía tanta hambre que prácticamente la vi tragarse ese sándwich después de sacarle el queso amarillo. «No le gusta el queso amarillo», anoté mentalmente. No nos dijimos nada. Ella aún lloraba y yo seguía sin comprender.

Esa noche, la señora y el señor Didier discutieron tan alto que la policía fue a su casa. Ambos gritaban, mientras Suhail, asustada, lloraba y gritaba con voz más ahogada que la de ellos. La señora había ido a recogerla a nuestra casa horas antes. ¿Para qué? ¿Para gritarle? Desde mi ventana vi a Suhail ir y venir de un rincón a otro en su habitación, abrazando con fuerza una muñeca.

—¡No, mamá! ¡No, papá! —intentaba calmarlos a ambos.

Ellos discutían qué era lo mejor para Suhail haciéndole daño. Irónico, ¿no?

La señora Didier lloraba arrepentida, pero al señor Didier no le importó. Se hallaba furioso por lo sucedido con el fantasma.

—¡Papá, por favor! —insistía Suhail.

Escuché objetos cayendo, golpes y puertas cerrarse con fuerza. Me asusté.

En medio de tanto, mamá abrió la puerta de mi habitación:

—¿Qué pasa, Max? —preguntó, preocupada, al ver que limpiaba lágrimas de mi cara.

No me juzguen. Era un niño pequeño y en la casa de al lado estaban gritando.

Corrí a mi cama y escondí la cabeza bajo la almohada.

—¿Max? —me llamó de nuevo mamá.

Sentí vergüenza y al mismo tiempo un alivio extraño. Ella había prometido ayudar a Suhail.

—No puede ser—la escuché decir segundos después.

Con la cabeza todavía escondida bajo la almohada, intenté mirar de reojo qué pasaba: mamá negaba con la cabeza mientras escuchaba la discusión de cara a mi ventana. Fue a buscar a papá.

Salí ahurtadillas de mi habitación y escuché qué se dijeron:

—Hay que hacer algo.

—La policía...

—Hay que sacar de ahí a la niña.

Acordaron ir a casa de los vecinos.

Desde mi ventana solo podía ver la ventana de Suhail, por lo que corrí hacia la de mamá y papá para ver mejor. Mostraba la puerta principal de la casa Didier y ahí, de pie, a mamá, papá y el señor Didier. Suhail se escondía detrás de mamá, abrazándola por la cintura. La señora Didier discutía con dos policías. Estos no parecían contentos.

No vi al fantasma por ningún lado.

El señor Didier se marchó en su coche una hora después. La señora Didier también, pero en la patrulla de los policías. Mamá y papá trajeron a Suhail de vuelta a nuestra casa.

El enemigo otra vez en mi territorio.

Esperé unos minutos y me acerqué sigilosamente al inicio de nuestra escalera. Desde ahí podía ver la sala de estar. Ahí se hallaba mamá, sentada en un sofá, acariciando el cabello rojo de Suhail, que sollozaba recostada sobre su regazo.

—Todo va a estar bien, cariño —le prometió.

Admito que me sentí aliviado de que el enemigo estuviera a salvo.